

SAN ANTONIO MARÍA CLARET



150
aniversario de
la muerte del
P. Claret

difusión

San Antonio María Claret

Palabra y compromiso

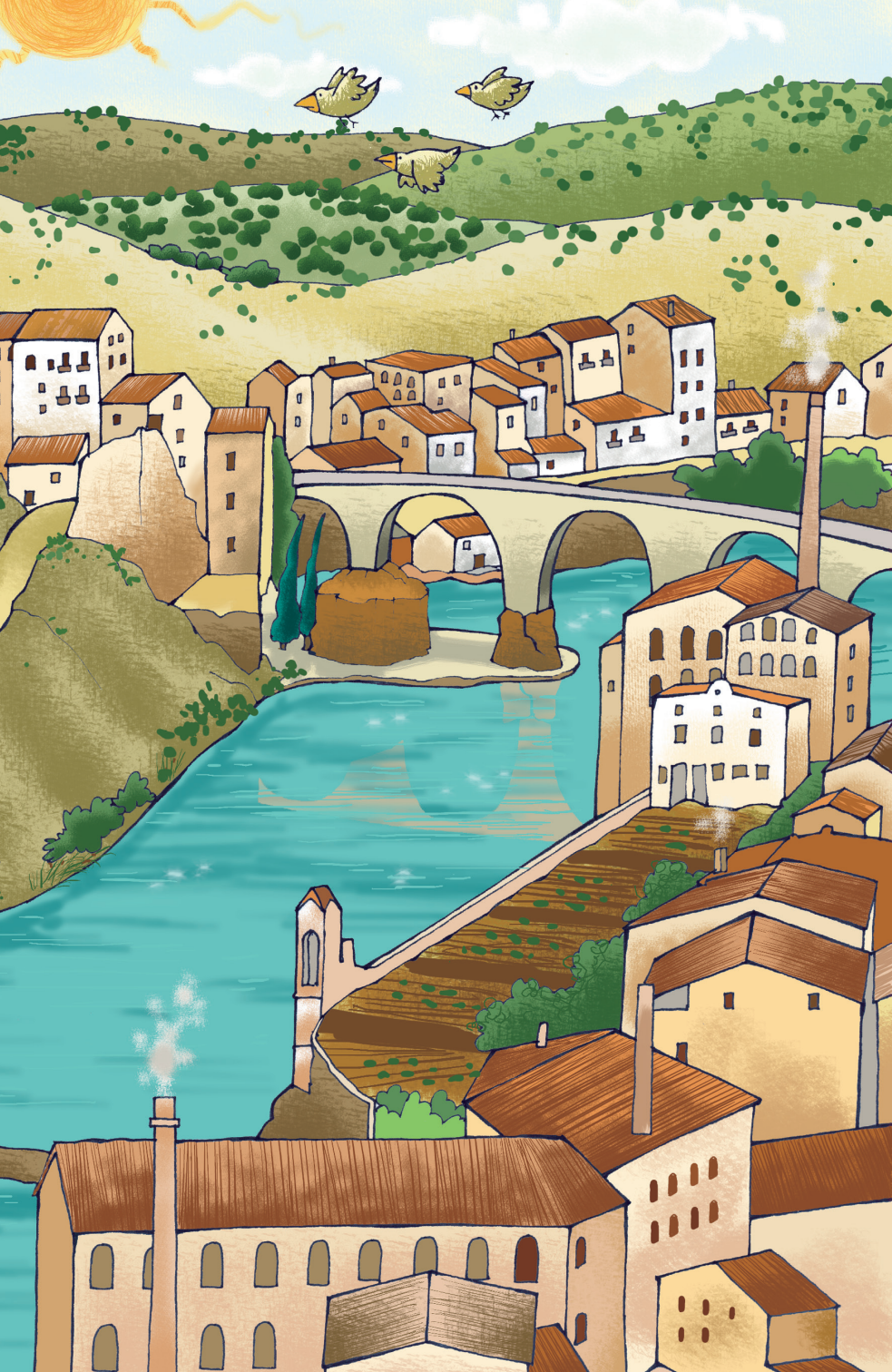


difusión

*150 aniversario de la muerte de
San Antonio María Claret
(1870 – 2020)*

UN SANTO CERCANO

Antonio María Claret fue un seguidor de Jesús que marcó la Iglesia del siglo XIX. Cuando tenía cincuenta y cuatro años y era ya arzobispo, sus hermanos de congregación le pidieron que les escribiera su propia vida. Gracias a ello tenemos hoy la suerte de poder descubrir, de primera mano, el secreto de su vida.



ORÍGENES

Nací el 23 de diciembre del año 1807 en la villa de Sallent, junto a la riba del río Llobregat, provincia de Barcelona. Fui bautizado el mismo día de Navidad. Mis padres, Joan Claret y Josefa Clará, tuvieron once hijos, seis chicos y cinco chicas. Yo fui el quinto de los hermanos.

Las primeras ideas que recuerdo son que, cuando tenía cinco años, estando en la cama, en lugar de dormir pensaba en la eternidad. Pensaba: «siempre, siempre, siempre...» Esta misma idea es la que más me hará trabajar, mientras viva, por la conversión de las personas, predicando, confesando, mediante libros, estampas, folletos, conversaciones con la gente...



Durante la guerra de la Independencia, que duró del año 1808 al 1814, los habitantes de Sallent, en Cataluña, temían que los franceses les incendiaran el pueblo. Por eso, cuando oían que el ejército francés se acercaba, todo el mundo huía. Pero yo, con solo cinco años, le daba la mano a mi abuelo, que era viejecito y no veía demasiado bien de noche, y le advertía dónde debía poner los pies, con tanto amor y paciencia que el pobre se sentía muy consolado. Siempre he sentido mucha ternura por los ancianos y desvalidos. No podía consentir que nadie se burlara de ellos.

Aprendí el catecismo con tanta perfección que lo recitaba siempre del principio al final sin equivocarme. Otros tres niños lo aprendieron, también, como yo, y el maestro hizo que nos presentáramos ante el señor párroco. Este nos pidió que lo recitáramos delante de todo el pueblo durante dos domingos seguidos, y lo hicimos sin ningún error. Como premio, el párroco nos regaló una bonita estampa a cada uno.

Cuando era muy pequeño, me dieron unas cuentas de rosario que agradecí muchísimo, como si hubiera adquirido el tesoro más

grande. Encontré por casa un librito llamado *El rosal*, que contenía los misterios del rosario con dibujos y explicaciones. De esta manera aprendí a rezarlo. Cuando lo advirtió el maestro, hizo que me pusiera a su lado en la iglesia para que yo dirigiera el rosario. Los compañeros mayores también se animaron a aprenderlo para hacer lo mismo.

10 A menudo acompañaba a mi hermana a visitar el santuario de Fucimanya, que se encontraba a unos seis kilómetros de mi casa. Sin poder explicar la devoción que sentía, ya antes de llegar, al ver la ermita, me emocionaba. Los ojos se me llenaban de lágrimas de ternura. Empezábamos el rosario por el camino, hasta que llegábamos a la capilla.

A los diez años me dejaron hacer la primera comunión. No puedo explicar lo que por mí pasó aquel día en que tuve el gozo de recibir por primera vez a mi buen Jesús. Desde entonces, siempre frecuenté los sacramentos del perdón y de la eucaristía. En general, en mi infancia, todo mi gusto consistía en trabajar, rezar, leer y pensar en Jesús y en María. Siempre estaba contento, alegre y en paz con todos.

